

hasta una plena profundización en la fe cristiana.

Si Agustín define la música como una *scientia bene modulandi* (Mus. I 2, 2), entiende por *scientia* no el mero conjunto de conocimientos técnicos para componer piezas musicales, sino más bien la noción filosófica de *scientia* propia de la tradición platónica: el conocimiento de lo *uno* como principio de todo ser y el reconocimiento de la relatividad de todo ente. Es más, desde la perspectiva cristiana, la música no alcanza su máximo fin, como pretendían los filósofos, en el salto espiritual *a corporeis ad incorporea* (Mus. VI 2, 2), ya que el hombre debe aumentar por medio de ella en conocimiento propio y en conocimiento de Dios.

Para la elaboración de esta tesis doctoral, Keller ha trabajado admirablemente, pues no sólo manifiesta un buen conocimiento de la filosofía neoplatónica contemporánea de Agustín, sino que pacientemente ha realizado un análisis filológico de las abundantes nociones de métrica que se contienen en *De musica*. Sobre esta base filosófica y filológica, Keller ha dado un buen paso al plano teológico y ha mostrado así satisfactoriamente cómo el *De musica* ofrece un intento de compaginar Antigüedad y Cristianismo.

A. Viciano

Francisco MARTÍN HERNÁNDEZ, *Don Vasco de Quiroga (Protector de los Indios)*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca-Caja Salamanca y Soria («Bibliotheca Salmanticensis», Estudios 154), Salamanca 1993, 339 pp.

El origen de este libro, que aquí presentamos, nos lo explica el propio autor: al visitar el Estado de Michoacán le vino al recuerdo la figura de Don Vasco y su «actual»

presencia en aquellas tierras mexicanas, y así decidió dedicar una monografía al gran evangelizador del siglo XVI.

El Prof. Martín Hernández, catedrático de Historia de la Iglesia de la Pontificia Universidad de Salamanca, hace un análisis exhaustivo de Tata Vasco. Detalla sus pasos en tierras españolas, desde su nacimiento en Madrigal de las Altas Torres hasta Granada; y especialmente su vida y obra en tierras novohispanas. Vasco de Quiroga, hombre de leyes, llegó a América con gran experiencia y no se arredró ante la situación que encontró en México. En efecto, desde el primer momento como oidor de la segunda Audiencia aparece, marcadamente, no sólo como defensor de los indios, sino como protector. Es decir, Vasco de Quiroga no se limitó a hablar a favor de los indígenas, a rechazar abusos y corrupciones de los conquistadores españoles, sino que buscó las soluciones más adecuadas a los problemas concretos con que se encontró. Más aún, con su actitud ante las circunstancias que le rodeaban, marcó un estilo nuevo de gobernante.

Las actuaciones de la primera Audiencia había provocado una fuerte reacción vindicativa en gran número de misioneros, en contra de los gobernantes novohispanos. Tata Vasco, haciéndose eco de este mismo clamor, supo poner al servicio de los indios novohispanos sus condiciones de gobernante. Así desde su llegada a México fundó pueblos-hospitales, primero cerca de la capital, más tarde en el Estado de Michoacán.

Pero don Vasco fue no sólo gobernante, sino que también «en los pueblos que va estableciendo hace de humanista, de legislador, misionero, y director de sus indios» como afirma Martín Hernández. En torno a los pueblos-hospitales surgieron otras instituciones educativas y de beneficencia que reforzaban y completaban la ingente tarea realizada por Quiroga. El autor explica con

gran detenimiento la organización de estos pueblos-hospitales.

Una vez consagrado obispo supo gobernar con igual acierto la iglesia de Michoacán. Además de continuar la tarea emprendida, fundó un seminario para la formación de sacerdotes, organizó el clero de su diócesis, construyó la catedral y trabajó incansablemente como pastor de las almas a él encomendadas.

Este interesante y valioso libro ofrece al lector una amena y documentada vida de don Vasco. El autor intercala el texto con fragmentos del propio Quiroga, lo cual permite comprender la mentalidad con que éste realizó su misión en Nueva España. Martín Hernández demuestra, una vez más, su oficio como historiador, y consigue encuadrar a Vasco de Quiroga en su contexto histórico, de tal modo que supera todo peligro de anacronismo para obtener una imagen de Tata Vasco verdaderamente real y, por lo mismo, no exenta de errores, aunque éstos fueron superados ampliamente por sus aciertos.

Esta monografía se culmina con dos interesantes documentos: las «Reglas y ordenanzas para el gobierno de los hospitales de santa Fe de México y Michoacán», tal como las dispuso Vasco de Quiroga; y su testamento, tomado del AGI, que data de 1565. Ambos documentos ilustran magníficamente el espíritu que presidió la obra misional de Tata Vasco. No podían faltar tampoco una amplia y bien seleccionada bibliografía (fuentes y estudios), un «índice de nombres propios» y un «índice de lugares y otras referencias principales».

C. J. Alejos-Grau

Battista MONDIN, *Dizionario dei teologi*, Edizioni Studio Domenicano (ESD), Bologna 1992, 694 pp.

El criterio que guiado la elección de los teólogos que aquí se recogen ha sido su *pro-*

fesionalidad, o lo que es lo mismo, su explícita voluntad de pensar desde la fe, y especialmente desde la fe cristiana. De ahí que muchos pensadores que han tenido una decisiva influencia en el encaminamiento teológico queden excluidos de esta obra. Dentro de esta norma, el Autor, Profesor ordinario de la Universidad Pontificia Urbaniana, se ha dirigido a los «grandes» teólogos de la historia y del presente.

Esta última precisión no deja de presentar un problema espinoso: ¿cómo, sin perspectiva histórica, se puede determinar qué teólogos actuales merecen figurar al lado de otros cuya profundidad han decantado la experiencia y los estudios de múltiples generaciones de eruditos? Dentro de unas décadas, ¿parecerá obsoleto incluir aquí a J. B. Metz, Fr. Gogarten, J. L. Segundo o R. Garrigou-Lagrange al lado de Eckhart, San Juan Crisóstomo, Martín Lutero o Francisco de Victoria?

Por otra parte, si es cierto que algunos filósofos que no pensaron desde la fe —aunque sí contando con ella— son omitidos de este *Diccionario*; aquí se encuentran Hegel, Strauss y Kant. ¿Por qué evitar a Schelling, Bergson o Heidegger?

Si bien algunas grandes figuras de la historia de la Iglesia no pueden considerarse «teólogos» en sentido estricto, el Autor ha tenido el acierto de incluir en el elenco de su *Diccionario* a Santa Catalina de Siena, Santo Domingo de Guzmán, San Ignacio de Loyola y a San Francisco de Asís. Qué duda cabe que los grandes santos inspiran y estimulan la reflexión teológica, aunque muchos de ellos no hayan sido teólogos profesionales.

Algo análogo podría decirse de los Padres de la Iglesia, aunque la cuestión resulte más ardua de responder. ¿Fueron propiamente teólogos? En el sentido etimológico de la palabra, lo fueron sin duda; pero su empeño se centró en exponer y defender la rec-